

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Subscripción.—En la Península: Un mes, 1 pta.—En el Extranjero: Tres meses, 7'50 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.
Redacción, Mayor, 24.—Administración, Jara, 32.

Condiciones.—El pago será adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales París, Mr. A. Lorelle, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Jones, 31 Faubourg Montmartre.—New-York, Mr. George B. Fiske, 21-Park Row.—Berlín, Rudolf Mosse, Jerusalem Strasse, 46-49.—La correspondencia al Administrador.

DESDE MADRID

La señorita Primavera.

La señorita Primavera ha venido á visitarnos; le ha gustado Madrid. Se ha instalado ya en él, y piensa residir aquí, hasta el verano.

La señorita Primavera es coqueta, como muchacha linda que lo sabe; no en vano cronistas y poetas se lo han dicho y repetido en todos los tonos. Y como es coqueta y presumida, gusta de engañarse, de provocar la admiración, de suscitar en nosotros una secreta voluptuosidad, insatisfecha. Esta mañana la señorita Primavera se ha vestido de azul. Ha colgado en los aleros salizados de los tejados y en los muros al sol, gualdrapas de oro; ha hecho florecer rosas tempranas en los arriates y en los mazos de los jardines públicos. Ha pulimentado y esclarecido el verde frondoso y fofoyo de los árboles. Y con todo esto, los amigos de la señorita Primavera han salido á la calle.

Ya conocéis á estos amigos: son en primer lugar, los pájaros que cruzan sobre los hilos del telégrafo, y que al anochecer revuelan alocados en torno á las veletas de las iglesias. Son las muchachas que se miran y se miran, que han estado encerradas estos meses, atemorizadas por el señor Invierno, y que ahora van con una sonrisilla en los labios exangües, como contentas de vivir. Son las parejas de enamorados—todavía las hay, aunque parezca mentira—que se escondan en los recodos de los parques, para decirse ternezas enteramente nuevas después de veinte siglos. Y son los viejecitos pulcros que andan lentamente. Y las orquestas de ciegos que á la puerta de los cafés, en el crepúsculo, parafrasean los valseos anticuados.

Me diréis que no sólo ellos son amigos de la Primavera. Y que las mujeres arrogantes, y los hombres que triunfan en la vida, y los burgueses de ambos sexos, y vosotros lectores, los sois también. No, os aseguro que no. Y sobre todo, aunque lo seáis, la señorita Primavera que es, bajo su apariencia frívola y coqueta una sentimental; los ama á ellos mucho más que á vosotros; porque sabe que ellos, á su vez, la

aman preferentemente, exclusivamente, celosamente, y con impaciencia de enamorados la aguardan y con delectación de enamorados se entregan sin reservas, sin distracciones, á ella.

Y para ellos saca de su caja de joyas os brillantes mas fulgurantes, más puros, de más cristalinas aguas con que se atavía al ocaso. Y para ellos vistese por las tardes de sedas en que la púrpura se irisa en tornasoles, y el violeta es como de ojeras de mujer, y de franjas de amarantos, y de borlas y de coronas, en la más fastuosas y fabulosas toilletes.

Y como yo se esto,—y vosotros, aunque al principio sonriais lo sabéis igual que yo—esta mañana al abrir mi balcón en el que hay tientos y á oír un piano que una muchacha tecleaba, he dicho en alta voz:

¡Señorita Primavera! sed bien venida! os aguardábamos, os habíamos retrasado, señorita, señorita Primavera...

EL CORRESPONSAL

Cantares

I
Labré en el campo un terreno
y lo arrasé la tormenta,
¡labré tu amor en el mundo
y tu ambición se lo llevó!

II
Siendo pobre me querías
y te quisiste siendo pobre,
tus joyas tienen la culpa
de que nuestro amor se borre!

III
Ya no advino en tus ojos
la luz que me iluminaba,
ya no miro en sus reflejos
la ternura de tu alma!

IV
Cuando de tu amor me siego
tus miradas me detienen,
¡hace tiempo que sabía
la mala sangre que tienes!

V
Deja que rompa mi jaula,
deja, serrana, que vuele,
¡mira que has de arrepiñarte
como en tu jaula me quedé!

VI
Sé que eres mala conmigo,
sé que finges y me engañas,
y busqué ayuda en tu mano,
en la mano que me mata.

Narciso Díaz de Esquivar.

AGUA MANSA

Ustedes creerán que el Banco Agrícola es un banco que presta dinero solo con garantía, y que no tiene en cuenta para nada ni la filiación política



Toros en Cartagena

Gran corrida de beneficencia organizada por la

ASOCIACION DE LA PRENSA

PARA EL DOMINGO, 7 DE MAYO DE 1911

Machaquito

Cocherito de Bilbao

CON SUS CORRESPONDIENTES CUADRILLAS

Lidiarán SEIS HERMOSOS TOROS de la acreditada ganadería de D. Eduardo OLEA, con divisa verde botella y amarilla.

ENTRADA GENERAL, 3'33 Ptas.
Media ídem para niños y militares sin graduación, 2'33

Trenes extraordinarios con gran rebaja de precios

ni la casta, ni hasta las prendas personales del que solicita su ayuda.

Y ustedes lo creerán porque habrán visto la campaña que el abogado y alma máter de este Banco, hace en su periódico, contra los demás Bancos de Cartagena.

Bueno. Pues si ustedes creen esto, ustedes son unos *primos*. Porque ustedes no saben, que este Banco Agrícola necesita que sus clientes, reúnan determinadas condiciones.

Oído á la caja. Un labrador de La Palma, ha necesitado un poco de dinero. Poca cosa. Treinta ó cuarenta duros. Tiene una casica y tres ó cuatro celemines de tierra. El angustiado labriego se ha llegado á los mangoneadores del Banco Agrícola. Ha solicitado esa cantidad y ha exhibido como garantía los títulos de propiedad de su pequeña finca. El infeliz terrateniente ha sido sometido al siguiente interrogatorio.

—¿Tú qué quieres?
—Señor, yo necesito para la siega treinta ó cuarenta duros.
—¿Tú eres de la Liga?
—Señor, yo no. Los tiempos están muy malos. La cantidad que yo pudiera pagar mensualmente á la Liga me lo tendría que quitar del alimento. Paso necesidad, señor.

—Pues si no eres de la Liga para vecinos del campo, ¿no puedes tomar dinero del Banco Agrícola.

—Mire señor, que yo soy un hombre neutral que no quiere meterse en política, y la Liga hace la política de Vaso, y yo me pienso que el Banco se ha hecho para favorecer á los pobres, nó para buscar votos.

—Mira, eso no te importa á tí. Si te apuntas en la Liga hay dinero, si nó ni una *perro*.

....Y el desdichado labriego, ha tenido que enagenar su rústica y sagrada independencia. Ha tenido que apuntarse en la Liga. Ha tenido que pagar seis recibos de la Liga. Y ha tenido que hipotecar su pequeña finca. Y después de Dios sabe que otros sacrificios espirituales, ha recibido treinta ó cuarenta duros del Banco Agrícola.

Triste sino el de algunos hombres. Se empieza en los periódicos una campaña violenta, de escándalo, contra contratistas, entidades financieras, personas solventes.

Se agota el vocabulario canallésco. Se echa mano de las artes de la insidia. Los hombres parecen *valpéculas* tegiendo su maraña de perdidas. Hay un asqueroso entronamiento de la

mentira, y una femenina chillería de comadres lenguaraces y livianas...

Y de pronto, dominando la algarabía de las plumas prostituidas y venales, se asoma en un periódico un sujeto y dice: ¡Eh! ¡Que yo no he tomado dinerol! ¡Me calumnian! ¡Yo no soy un chantagista! ¡No lo creáis!...

Y las buenas gentes se quedan asombradas. Hacen un alto momentáneo en su vida provinciana, y murmuran: "Que triste sino el de algunos hombres".

Y es verdad. Muy triste. Pero muy triste.

Y sigue "La Tierra" atizando el fuego sagrado, y preparando la *volta* para el primero de Mayo.

Y sigue confeccionando un nuevo "saco de Roma" sin perder detalle y sin olvidar ¡claro está! las castas virgenes del templo de Vesta.

Pero verán ustedes, como si esto ocurre no se pondrá al frente de la gente, nuestro apóstol.

Este no es de la madera de Atila.

Y ¡vive Dios! que lo sentimos.

Porque nos daría gusto, verlo arrojante y luchador al frente de las huestes.

Pero ¡ay! nos quedaremos con la gana.

Y si nó, al tiempo.

A Cádiz

Madrid 26-9 m.

Hoy saldrá con dirección á Cádiz el ministro de Marina, en donde permanecerá varios días.

Aunque se ignora el motivo verdadero del viaje se cree que obedece á girar una visita de inspección á los buques que componen la escuadra y que están dispuestos á marchar á Marruecos al primer aviso.

En el Principa

La orquesta sinfónica

Verdadera ansia exista en Cartagena por oír á la orquesta sinfónica madrileña que dirige el eminente maestro Fernández Arbós. En el pasado año se intentó traerla á esta ciudad no pudiendo vencerse dificultades económicas. Todas ellas se vencieron el presente debido al entusiasmo y desprendimiento del Comité de Iniciativas que

sin pensar en balances de caja se arriesgó y el éxito coronó su esfuerzo.

Hace varios días venimos en nuestro periódico ocupándonos detalladamente del programa interpretado anoche por la Sinfónica preparando de este modo al público á saborear los encantos de las obras ejecutadas. Esto hace que no digamos una palabra sobre ellas á más de la razón suprema de no ser críticos musicales y si solos amantes del arte en sus diversas manifestaciones y esto sólo no autoriza para empuñar el escalpelo.

No dejaremos de consignar la gratísima impresión que produjo en el auditorio el primer tiempo de la suite de aires murcianos de Pérez Casas que aplaudió con entusiasmo esa inspiradísima página musical, en la que no se sabe qué admirar más si la inspiración y la melodía, ó los prodigios de la técnica y composición. En el motivo de la copla de ese tiempo de seguidillas hay un derroche de inspiración arrancada á la melancólica alma murciana.

La ejecución que obtuvo el programa fué magistral. Cuantos elogios habíamos leído de la gran orquesta que dirige el maestro Arbós son merecidos. Sobresalió la pericia y delicado gusto del maestro en el andante con moto de la quinta sinfonía del inmortal Beethoven, siendo un dolor que no se repitiera, apesar de que fué aplaudido con entusiasmo.

También quedó el público deseoso de saborear por segunda vez "Los murmullos de la selva" que fueron un prodigio de ejecución, obra en la que el maestro Arbós saca efectos y matices bellísimos.

Al finalizar el concierto con la overture de Tannhäuser prorumpió el público en bravos, tal vez por ser este el número que más llegó á la mayoría del público, por ser el más conocido, condición necesaria para saborear los clásicos musicales, pues nuestro público no por falta de deseos sino de medios no ha adquirido la ilustración necesaria para saborear los detalles que encierran la mayoría de las páginas de las obras sublimes de los grandes maestros del divino arte de Mozart.

El comité de iniciativas, puede estar satisfecho de la suya y el público también lo está por haber podido pasar una noche dedicada al arte puro y esperamos confiadamente en que en el próximo año no será uno solo el concierto que escuchemos.

B. B.

gada á León salíamos para Londres, y veinticuatro horas más tarde estábamos en nuestro cuarto de Baker Street como en los antiguos días.

Holmes estaba casi restablecido; pero no obstante, yo creí necesaria una corta temporada en el campo para que el aire libre y la paz completasen la obra de la ciencia. Entonces me acordé del coronel Hayter.

Este bizarro militar, á quien yo salvé la vida en el Afghanistan, había comprado una casa de campo en el Surrey, cerca de Reigate, y constantemente me escribía cartas y más cartas rogándome que fuera á pasar con él una temporada. En la última que recibí me rogaba que hiciera extensiva la invitación á mi amigo, á quien admiraba y deseaba conocer hacia mucho tiempo.

No poco trabajo me costó convencer á Holmes; pero por fin, y antes la seguridad de que íbamos á casa de un soltero y de que gozaría de una libertad omnimoda, aceptó.

Así, pues, apenas hacía una semana que habíamos vuelto de Lyon, cuando ya estábamos bajo el techo del coronel. Hayter era el tipo perfecto del antiguo militar. Era franco y sencillo, tenía una gran experiencia de los hombres y de las cosas, y desde el primer momento Holmes y él simpatizaron muchísimo.

La tarde del día en que llegábamos nos fuimos después de comer á un salón amplio y bien alfajado, donde el coronel coleccionaba en grandes

Habíamos terminado el desayuno y estábamos sentados todavía á la mesa, cuando el ayuda de cámara del coronel, sin cuidarse para nada del respeto que debía á su amo, entró como un torbellino en el comedor diciendo á grandes voces: —¿Sabéis lo que osas, señor? A los Cunningham's...

—¿Qué? ¿Otro robo?—exclamó el coronel levantándose bruscamente, —Peor. ¡Un asesinato! —¡Canastos! ¿Y á quien han matado? ¿Al juez ó á su hijo?

—A ninguno de los dos. La víctima ha sido William el cochero. Murió sin decir ¡Jesús!

—¿Y no se sabe quién es el asesino?
—Todavía no; pero se cree que haya sido el que robó en casa del Sr. Acton. Ha desaparecido sin dejar ninguna huella tras de sí. Según parece fué sorprendido por el cochero, lucharon ambos, y William murió defendiendo la casa de sus señores.

—¿Y á qué hora fué?
—A eso de media noche. El coronel había recobrado su sangre fría.

—Bien, bien, podéis retiraros, John. Iremos inmediatamente á visitar á los señores Cunningham's ¡Pobre señor!—continuó cuando desapareció el ayuda de cámara.—Habrá sentido la muerte de su cochero porque llevaba muchos años en la casa y le querían como á su hijo. Indudablemente los asesinos deben ser los que robaron en casa de Acton.

la biblioteca, lo revolviéron todo, descerrajaron los cajones, los armarios y, por último, no se llevaron más que un tomo incompleto del *Homero*, de Pope, dos candelabros de plata, un pesa c. r. tas de marfil, un barómetro de pared y un ovillo de bramante.

—¡Pues vaya una amalgama!—exclamé.

—Seguramente cogieron lo primero que encontraron.

Holmes sonrió.

—Es fácil; pero en esa robo tan heterogéneo hay algo que...

—¡Cuidado Holmes!—interrumpí.—Ya sabéis lo convenido. Aquí habéis venido á descansar, nada más que á descansar. ¡No faltaría otra cosa si no que ahora os metiérais en otra aventura.

Holmes se echó á reír; y, mirando al coronel con aire de cómica resignación empezó á hablar del tiempo. Al poco rato la conversación seguía por cauces menos escabrosos.

II

Sin embargo de todas mis precauciones, á la mañana siguiente volvió á surgir delante de nosotros el tema de la noche pasada. Y esta vez fué irrealizable. Estaba escrito que Holmes no diese paz á la mano y treguas al cerebro.